

hoy por hoy mucho de ciencia, tiene no menos de arte y en el arte brillaba la inteligencia del Doctor Robert y brillaba en el arte, porque, dado un enfermo, veía solo el enfermo, no la enfermedad como sucede generalmente.

Mucha es la vacilación de las inteligencias profesionales antes de tomar una indicación, muchas las dudas antes de cumplirla y así es de ver las controversias que reinan entre los médicos ante la misma enfermedad y el mismo enfermo. Si bajo el aspecto científico se impone la conformidad, si se anda de común acuerdo en cuanto al diagnóstico, desaparece la armonía, y la anarquía es la soberana, cuando acabando la ciencia su tarea, viene el arte, que es eminentemente individualista. El criterio personal es la resultante de muchos y variados factores, influyendo en su formación el estudio, la práctica, el lugar, el tiempo, la identificación con las cosas. El Dr. Robert, que era un científico al par que uno de los más grandes artistas médicos, imponía su particular criterio, desapareciendo las dudas si realmente existían y tirios y troyanos creíamos que debía obrarse tal cual pensaba el maestro.

Si encantaba á los espíritus con los tesoros de su saber, no menos encantaba su sencillez y su modestia. Su trato era llano. Lo mismo trataba al pobre que al rico. No distinguía unos enfermos de los otros. Los enfermos del hospital, tal vez y sin tal vez, eran mejor tratados que los encopetados enfermos de la clientela particular. Se comprende. En el hospital se planteaba el problema del diagnóstico y del tratamiento ante las fiscalizadoras miradas de profesores y alumnos, y así el Dr. Robert, á la cabecera del enfermo, entre los ayes de dolor, discurría ora tranquilo, ora con elocuencia arrebatadora, pero siempre con método científico, desbrozando terreno, iluminando nebruras, para llegar, después de una severa crítica racional, á una determinada solución.

Sí, discurría con método, con verdadera lógica, eslabonando los materiales, pasando de lo conocido á lo desconocido, procurando que el alumno hiciera lo mismo, pues, no aceptaba una indicación, por buena que fuera, sino era producto del raciocinio. No bastaba fijar un principio, un diagnóstico, un pronóstico, un tratamiento, sino que exigía el peso y la medida y los elementos determinativos del principio, del diagnóstico, del pronóstico y del tratamiento. Se comprende el amor que en todos los corazones juveniles despertara, se comprende que todos los médicos vieran en él el padre intelectual. De no haber existido el Dr. Robert en la Facultad de Medicina de Barcelona, la mayoría de médicos catalanes iríamos cojeando, pues, con su inteligencia y con sus dotes de pedagogo suplía las deficiencias

de la educación recibida, ya que no tenía otro fundamento que el teórico.

Su fama como clínico era grande. A su cátedra teórica y á su cátedra práctica acudían con entusiasmo los alumnos y no pocos profesores. Siempre se aprendía mucho. Los que dicen que en España no tenemos hábito para el estudio, andan equivocados. Nos faltan verdaderos pedagogos, nos faltan materiales de estudio y esto explica estén desiertas las cátedras universitarias. La mayor parte de profesores repiten lo que en cualquier libro se encuentra, no se advierte originalidad, nuevos puntos de vista, ni menos comprobación material de los hechos y teorías, y, como no despiertan el espíritu de la juventud, ésta, deseosa de placer, busca el placer no en la cátedra, pues en ella falta, sino fuera de la cátedra. En la Facultad de Medicina de Barcelona encontraremos el mejor comprobante. La cátedra de Higiene, desempeñada por el actual Rector, el Doctor D. Rafael Rodríguez Méndez, siempre se vé concurrida, y es que, en dicha cátedra, siempre se aprende, tanto por ser el Dr. Méndez un gran pedagogo, como porque nunca falta abundantísimo pasto á las inteligencias. En la cátedra de Patología y Clínica del Dr. Robert se advertía el mismo hecho.

No se crea que el Dr. Robert era solamente un práctico. Sus conocimientos eran vastos y en armonía con su gran cerebro. Habitado á visitar enfermos, entregado á la dura labor de la visita diaria, no descuidaba, antes le sabía á gloria, empaparse de los progresos incesantes de las ciencias médicas. En su juventud fué un revolucionario. Junto con el Doctor D. Juan Giné tradujo la obra del sabio alemán Rodolfo Pirchow, *Patología celular*, y ello cuando la teoría celular apenas era conocida en España, por la generalidad de inteligencias. Hay que leer el prólogo de la obra para ver el entusiasmo del Doctor Robert. No solo introdujo teorías nuevas, sí que también tratamientos nuevos. La pulmonía, esta enfermedad tan debatida y caballo de batalla de mil teorías, era tratada por la sangría y por los antimonioales, más el Dr. Robert preconizó los alcoholes, sino en todas las formas de la enfermedad, á lo menos en sus formas adinámicas, siguiendo las corrientes del extranjero, entonces totalmente desconocidas por los médicos españoles.

En verdad que tales entusiasmos no constituyeron la regla. Existe una distancia inmensa entre la idea y la práctica, entre la teoría y lo que se ha venido llamando impurezas de la realidad. El Dr. Robert, hombre práctico, aunque conocedor de la teoría, no se dejó arrastrar por las doctrinas pauperistas, aportadas al mundo de la ciencia por Koch y Pasteur, y sí no fué entusiasta de la teoría, aún menos lo fué de las consecuencias terapéuticas que nos lle-

vaban al empleo de los antisépticos. El comprobante de un principio, la piedra de toque de una teoría es el enfermo y en la práctica, ningún resultado útil se conseguía con los métodos recomendados por los doctrinarios de la microbiología.

Sin ser reaccionario como el Dr. Peter, representante de la medicina tradicional francesa, se acogía al eclecticismo, admitiendo lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso.

Cuando Villemin llegó á inocular la tuberculosis, cuando Koch llegó á aislar y cultivar el bacilo productor de la enfermedad, muchos de los problemas planteados por la antigua medicina hallaron solución satisfactoria, pero ni aún así el Dr. Robert admitió el contagio y la unidad de la tuberculosis, mas al fin tuvo que rendirse, que es de inteligencias grandes tener abierto el espíritu á toda evolución.

Si se rezagaba no era por sistema, no era por ignorancia, no era por escepticismo, antes al contrario, dependía de la organización harmónica de sus facultades psíquicas. La imaginación es tan pronto al entusiasmo como al aplanamiento. La excitación más leve desata las ligaduras de la loca de la casa, pero al entusiasmo del primer momento, sigue el colapso, como á la acción sigue la reacción. El Doctor Robert no era excitable. Admitía cuánto era ciencia constituida, no cuánto era ciencia en gestación, ciencia constituyente. No podía obrar de otro modo, pues verdadero clínico, no podía olvidar que tras la doctrina va el enfermo.

La labor intelectual escrita del Dr. Robert es vastísima, pero desgraciadamente anda dispersa en folletos y revistas. Un libro, un solo libro conocemos, el *Tratado de enfermedades del aparato digestivo*, escrito en colaboración con el Dr. Roig y Bofill. Es un libro de inmenso valor clínico. La personalidad médica del Dr. Robert campea en cada página. Quien ha escuchado sus lecciones, encontrará en el libro el mismo método y el procedimiento de discutir que tanto le caracterizaba. La obra es un exacto retrato de los hechos que la naturaleza nos presenta.

¡Lástima que su vasto saber, que el tesoro inmenso de observaciones no hayan sido publicadas, pues, serían enseñanza para la actual generación y las venideras, y monumento imperecedero de la Medicina patria!

La juventud ha perdido el mejor maestro, la patria un gran ciudadano, la ciencia un verdaero sabio, los enfermos un padre cariñoso. El Dr. Robert no se pertenecía, pertenecía á los demás. Batallaba fieramente con la muerte, mas ¡ay! la muerte ha acabado con aquella inteligencia soberana, dejándonos en las penas de la amargura.

Triste, inmensamente triste es la pérdida de tan gran maestro. La medicina española viste y vestirá de luto durante mucho tiempo. Podrá haber muerto materialmente, pero su espíritu alienta en los espíritus de sus discípulos y sus compañeros, y vivirá eternamente, porque su paso por el cielo de la ciencia, ha dejado un rastro luminoso que perdurará lo que la Medicina.

F. Llauredó.

CANSÓ

D'ALFRET DE MUSSET

Quan la coqueta esperança
ens frega l'ala passant
en son vol lleugera's llensa
y's va, somrisent, girant.

Hont va l'home? el cor el guía.
L'aureneta'l vent segueix.
L'aureneta fa menys via
que'l desitj del cor mateix.

Ah fugaç encantadora!
sabs, tu sola, ton camí?
¿Quí t'ajuntá, encisadora
al vell y fatal destí?

J. Aladern.

LA REGNA LLESTA

(RONDALLA DEL POBLE JUSLANDES, TRADUÏDA DEL
DINAMARQUÍ PER MICHEL V. BALANYÁ)

(Continuació)

Primer que res va posar bé l cavall. De stable no n'hi havia però si, un covert a hont hi havia una badella d'aquella gent. Llavors va sortir a fer un manat d'herba (que ja era temps d'istiu) i així va tindre al cavall bé, amb aigua i forratge, i ell va entrar en un recambró petit i baix de sostre, va asseure's en

un banc de fusta i vant començar a garlar amb els vellets. ¿Pots sols vivien en aquell bosc ferestec? Si, li vant respondre. No hi ha ningú més a casa ni cap casa més en moltes hores a la redó. Allí vivien com podien amb una cabreta i la badella. Lo princep va sopar tant a gust com hauria pogut al seu palau; va menjar un bocí de pa sec sucant amb un got de llet. Acabat els vellets vant scampar una gavella de palla per terra, i allí dormirien ells i l foraster podria jaure al llit, però l princep va vensar qu'ells com á més vells que s'en anessin al llit i ell s'agitaria a te-